

El zueco en la ventana

Cum ergo natus esset Jesus in Bethlehem Juda, in diebus Herodis regis, ecce Magi ab Oriente venerunt Jerosolymam, Dicentes: ¿Ubi est qui natus est rex Judaorum? Vidimus enim stellam ejus in Oriente, et venimus adorare eum.

Pues cuando hubo nacido Jesús en Bethlem de Judá en tiempo de Herodes el rey, he aquí que unos Magos vinieron de Oriente a Jerusalem,

Diciendo: ¿Dónde está el rey de los Judíos, que ha nacido? Porque vimos su estrella en el Oriente, y venimos a adorarle.

(S. Mateo, II, 1 y 2).

Ayer, después de los grandes fríos y heladas que han sucedido a las tempestades de Navidad, Cinteta se estaba junto al hogar, viendo cómo el sol declinaba, sintiendo cómo avanzaba, larga y oscura, la noche, sin que el más leve consuelo hubiese venido a aminorar su pena. Su prole, enervada por la ociosidad forzosa en que el mal tiempo les tenía, se había peleado ya dos veces para hacer las paces otras tantas; todo les daba ocasión a los chicos para gruñir y armar escándalo. Pero ella casi ni les oía, casi no se daba cuenta de lo que le pasaba.

La buena mujer, que como todas las madres pobres, trabajaba y al propio tiempo se cuidaba de los hijos, en otras ocasiones hubiera mitigado su algarabía asegurándoles que entre todos iban a volverla loca o a matarla, recurriendo a la amenaza magna de contárselo todo al padre, de pe a pa, sin omitir ninguna de las travesuras que todos y cada uno habían hecho.

Pero, ¿cómo recurrir a esa amenaza magna, si la pobre mujer estaba casi convencida de que ya nunca, jamás,

ni ella volvería a ver a su marido ni los chiquillos a su padre?

Cuando esperaban su regreso, por todá la costa había corrido la trágica noticia de que habían naufragado un sinnúmero de barcas pesqueras ... tantas en las bocas del Ebro, tantas otras ante la ensenada de la Atmetlla.... Y las esposas de los pescadores habían ido y venido, habían llegado hasta Tortosa.... adonde se decía que habían recibido «partes».

Hasta aquellos momentos nadie sabía nada de la *Virgen de la Cinta*, en la que Luis iba de aparcerero.

Tan terrible, tan rigurosa había sido la tempestad, que a todas las embarcaciones había dispersado con su furor. Aunque escasas y confusas, llegaron, no obstante, noticias de que algunos pescadores se hallaban al otro lado del Ebro, salvados por grandes embarcaciones, pero de la barca de Luis no se decía nada; ni de él ni de sus compañeros se tenía noticia alguna; ni en las oficinas de Marina, ni en casa de los patronos sabían su paradero.

Y la pobre Cinteta se desolaba llorando al marido ausente, rogando por él, pidiendo con toda el alma a la Santa Virgen protectora que le conservara al amado compañero, el padre amoroso de los tres niños que, juguetones y casi indiferentes, preguntaban a la afligida madre por qué el padre no regresaba, ansiosos de que volviera pronto, pues querían pedirle sus grandes zuecos para ponerlos en la ventana, a fin de que los Reyes Magos de Oriente los llenaran con sus dones y regalos.

—¡Madre!—dijo Manolito, un marinerazo, que no llegaba a los seis años, que se había acurrucado en su falda y bostezaba, mientras la miraba llorar:—Madre, no lloreis; si el padre no llega hoy, ya llegará mañana; dañnos los zuecos nuevos, los mayores.

—¡Hijo mío! ¡Hijos de mi corazón!—exclamaba tan

sólo la pobre mujer, besándolos a todos y regando sus pequeños rostros con amargas lágrimas.

—Sí, madre—díjole Ramón, un muchachuelo no mayor que un botijo;—dadnos aquellos zuecos tan grandes, donde cabrán muchos turrone...

—¡Hijos míos! ¡Hijos del alma!

Cinta dábase cuenta de que la noche había cerrado ya. Y para que sus hijos no vieran el estado lastimoso de su cara, henchida de tanto llorar, casi a tientas, a la débil claridad de los últimos tizones que quemaban en el hogar, se los llevó a todos a la alcoba, tras unas cortinas que separaban el dormitorio de los niños de su cámara, de la del matrimonio, la de los goces pasados ya, la de los afanosos sueños.... y despacio, muy despacio, iba desnudando al uno y descalzando al otro, pero todos se resistían, pues antes de quedarse en la cama querían ver los zuecos en el alféizar de la ventana que daba a la calle.... Y la pobre madre, que sabía de antemano el disgusto que les esperaba a todos al hallar, al día siguiente, los zuecos vacíos, se resistía a los deseos de sus hijos y les ordenaba que no hablaran más de reyes ni de regalos, diciéndoles que los Magos sólo pasaban por las casas donde había el padre, y que como el padre no había vuelto, este año no pasarían por allí.

—Los Reyes deben saber donde está nuestro padre, ellos lo hallarán y le dirán que aquí nosotros le esperamos.

Y la buena mujer, al oír aquellas palabras, se dijo a sí misma que bien pudiera ser que los tres Santos Reyes que de tan lejos habían acudido a Belén para adorar al Divino Niño, vinieran también a traerle noticias de su marido.... Y resuelta, sin titubear, con el corazón henchido de fé en aquellos personajes prodigiosos, buscó los zuecos y en presencia de sus hijos los puso en la ventana.

Los pequeñuelos, entonces, contentos y confiados, se

dejaron acostar y antes de dormirse se decían que ya veían cómo los Magos llegaban, que el Rey negro iba al frente, que los otros seguían detrás ... Y unos decían que si llegaban embarcados, otros que si se escondían tras una nube.... y así, con el corazón esperanzado, se durmieron completamente.

La madre velaba por ellos y se estaba a su vera llorando. En medio de su llanto, la pobre Cinta se representaba a su marido como lo viera, en otros años, en aquel mismo día, alegre, atareado, yendo él mismo a buscar los zuecos y deleitándose con los niños, contándoles lo que al día siguiente les traerían Sus Majestades.

Con el recuerdo de aquellos días lejanos, éste le parecía mucho más triste; y pensando en lo que fue se daba más cuenta de lo que era; veíase ahora esposa sin marido, viuda y madre de tres criaturas que con solo su ayuda podían contar, la tristeza de la hora presente y los recuerdos dulces de los días pasados asociábanse en su pensamiento y le traían la visión de otros tiempos más lejanos aún, de cuando era soltera y solicitábala, no sólo vecinos de su barrio, sino artesanos de la ciudad.... pero ella era esquiva para con todos, pues había prometido su amor al marinero tortosino que un verano había descendido a pescar en la ensenada de los Alfachs y se había apeado en San Carlos; oía los regaños de su madre, viuda, que le recordaba sus grandezas, los tiempos esplendorosos en que ellos eran propietarios de la casa donde vivían, herencia de un antepasado comerciante en vituallas, que se la había hecho construir. Siempre había pertenecido a la familia, la casa aquella, hasta que el abuelo, más dado a bandos políticos y a correrías que al negocio, había desaparecido un día de la ciudad y junto con él un seminarista tortosino que durante algún tiempo fue caudillo de tropas facciosas, dejando por todas partes algo de su piel y de su sangre, defendiendo una causa que él

debía creer santa y justa en extremo, por cuanto la prefería a la causa familiar y sencilla de educar a los hijos y de trabajar en su oficio para alimentarlos y conservarles el modesto bienestar que había heredado.

El abuelo murió en la guerra; la casa hubo de ser vendida y la familia descendió del sitio encumbrado que ocupaba en el pueblo, al de humilde inquilino, que había de vivir exclusivamente de su trabajo.

A pesar de pertenecer a una casa venida a menos, la chica hubiese podido hacer un buen casamiento si ella no se hubiese obstinado en querer a aquel marinero que le había robado el corazón.... y que fue su marido, el padre de sus hijuelos; marido idolatrado, padre amantísimo.

Y haciendo memoria de los días dichosos, su mismo amor le traía la imagen de su marido al embarcarse y al hacerse a vela.... Y veía cómo la tempestad sorprendía a los pescadores, y cómo éstos, arrastrados por las olas violentas, luchaban contra ellas y contra el huracán ... mientras pensaban en los hijos que esperaban en casa, en aquellos seres amados por quienes arriesgaban la vida y a quienes no volverían a ver ni volverían a abrazar.... Como si lo tuviera ante los propios ojos, Cinteta veía a su marido luchando, en la noche, contra los golpes de mar.... Veíalo, después, nadando y perdiendo fuerzas, enviándoles todavía sus pensamientos, a ella y a los chiquitines.... hasta que, rendido, anonadado, sin aliento para luchar más, abría todavía los brazos como si les quisiera estrechar a todos contra el pecho.... pero el náufigo sólo abrazaba el agua helada y salobre que le cortaba el aliento y le ahogaba, y que al ahogarle, le impedía gritar: «¡Hijos míos! ¡Esposa amada!....»

Después le veía flotando como un objeto inerte al que el vaivén de las olas sacude y arrastra.... Le contemplaba

muerto, hinchado, destruídas aquellas facciones tan bellas que habían sido su encanto, velados por la muerte aquellos ojos que antes se miraron en sus pupilas y que ya nunca jamás la volverían a mirar....

*
* *

Una risa perlada y fresca le disipó, por un momento, aquella visión. Uno de sus hijos soñaba y reía, y aquella risa le hizo levantar la cabeza y con los ojos llenos de lágrimas contempló a la graciosa criatura que, durmiendo, agitaba los labios y articulaba incomprensibles palabras que ella se esforzaba en adivinar, pero no lo conseguía, pues ni las mismas madres, aun siendo carne y espíritu de los hijos que han llevado en las entrañas, pueden comprender las palabras que no se articulan ni seguir los pensamientos que el rostro no llega a revelar.

El niño continuaba durmiendo y soñaba que los Reyes Magos venían desde muy lejos, por encima de las olas, caballeros en enormes brutos, en una especie de mulos jibosos, seguidos por una cohorte de criados que en los esportones de sus monturas llevaban muñecas de dorados cabellos, angelitos de barro, soldados de plomo y cajas de dulces para regalar a los niños que les esperaban.

En su sueño, la criatura los veía cabalgar sobre el agua, sin hundirse ni mojarse, y parar a cuantas barcas hallaban por el camino, para preguntar a los marineros si les darían razón de un tal Luis, que tenía tres hijos muy buenos....

Y de muy lejos, de muy lejos, mientras esto hacían los Reyes Magos, avanzóse la barca en que el buen Luis iba embarcado, y el niño decía a los Reyes que se parasen y a su padre que amarrase bien la escota, que remara de firme, pues los Reyes ya se iban; y por fin su pa-

dre llegaba junto a Sus Majestades, se descubría ante ellas y les besaba las manos y muy aprisa les decía lo que cada uno de sus hijos deseaba, ofreciéndoles después la barca por si querían embarcarse. Los Reyes correspondían agradeciendo, y seguían por el mar, encaminándose a la playa. Los jibosos animales en que iban montados removían el agua y corrían más que cualquier embarcación.... Y Luis, el padre, voceaba: «En la calle de Marina, una casita baja, con una ventana a ras de tierra....» Y los Reyes corrían, y llegaban a la playa, y sus cabalgaduras hundían las patas en la arena y pasaban después por delante de la Aduana, dando noticias a todos del paradero de las barcas y de los pescadores que habían visto, y sin pararse por nada se encaminaban a la calle de la Marina, y....

—¡Madre, madre!—exclamó en aquel instante el niño restregándose los ojos y despertando, risueño:—¡Los Reyes! ¡Los Reyes Magos! ¡Ya están llamando!

—¡Pom, pom! ¡Ave María! ¡Abrid!

Llamaban, en efecto, a la puerta y Cínteta, amedrentada, pasmada, no sabía si lo que le decía su hijo era realidad o si los golpes que estaba oyendo en la puerta eran un sueño.

—¡Pom, pom!

—¡Madre, madre! ¡Los Reyes están llamando! ¡Los Reyes acaban de pasar!

—¡Abrid, madre! ¡Abrid, de prisal!

Por fin la pobre mujer, como una sonámbula, sin darse cuenta de lo que hacía ni de lo que pensaba, se levantó de su asiento, se fue por instinto a la ventana, la abrió.... y una voz conmovida díjole, perdiéndose en la obscuridad de la calle:

—¡Noticias! ¡Noticias... en el zueco las tenéis!

Y los chiquillos, ya despiertos los tres y que, en camisa, le habían ido detrás, querían coger los zuecos....

Uno de ellos, el más listo, metió la mano para ver lo que los Reyes habían dejado dentro.... y con un gesto de mal humor sacó de allí.... casi nada. Un papelucho arrugado, con unos borrones al lápiz, trazados por el cabo de mar. Y aquellas letras decían: «Barcada de Luis, todos salvados por un vapor bilbaíno. Están en Valencia y envían recuerdos».

*
* *

Pero no todas las barcas de San Carlos de la Rápita se salvaron. Cincuenta pescadores han perdido la vida.... Cincuenta pescadores, padres, hijos, hermanos.... Y nosotros aquí, en la ciudad, nos comíamos el pavo.

Almas compasivas: si no os lo habéis gastado todo en turrones, pensad en los infortunados huérfanos y en las desoladas viudas que no han hallado ningún papelucho dentro del zueco.

PIN Y SOLER

